

N/O

097/059/028

ES POSIBLE LA PAZ

Ultimamente y a pesar de los hechos terroristas que, desgraciadamente no cesan, se está produciendo en nuestro País Vasco un firme propósito mayoritario de entendimiento hacia una solución que, eliminando de una vez para siempre los extremismos, nos lleve a la posibilidad de reconstruir Euskalerría, partiendo de la convivencia y aislando los radicalismos.

Yo sé, sabemos todos que no es tarea de un día llegar a esa convivencia razonada y razonable que la inmensa mayoría del pueblo vasco añora. Yo sé, sabemos todos que los extremistas no están dispuestos a ceder su sangriento protagonismo, precisamente porque no están interesados en la convivencia ni tampoco en la reconstrucción pacífica de nuestra querida tierra vasca. Pero también sé, y lo sabemos todos, que los partidos mayoritarios han comprendido que no tienen -que no tenemos- derecho a jugar con el presente y con el futuro de cuantos ciudadanos viven y conviven en nuestro País Vasco y que lo que prioritariamente desean es trabajo, alegría, paz y bienestar.

Tenemos por delante dos caminos a recorrer y hemos de recorrerlos, además, simultáneamente. De una parte, todos los partidos que condenamos y repudiamos abierta, sincera y claramente la violencia, tenemos que llevar al ánimo del pueblo, absolutamente a todo el pueblo, que la violencia en ningún caso va a solucionar nuestros problemas; que la violencia desatada que estamos padeciendo podría conducirnos a situaciones irreversibles que no podemos consentir ni por nosotros ni por nuestros hijos. Hemos de convencer y convencer a todos, que no solamente es terrorista quien comete actos terroristas, sino también quien los ayuda y los encubre. Por eso la primera medida para erradicar el terrorismo es aislar y marginar a los terroristas para que, carentes de apoyo, prescindan de la violencia o tengan que sufrir la alternativa de la ley.

../..

Pero simultáneamente, y con igual urgencia, cuantos tenemos en este momento responsabilidades políticas hacia nuestros electores, hacia nuestro pueblo y hacia nuestra propia conciencia, hemos de discutir y razonar en torno a los problemas de nuestra tierra, más con el propósito de servir a nuestros conciudadanos que a nuestras propias ideologías políticas.

En los últimos días se han producido una serie de hechos, conversaciones y entrevistas que me animan a pensar que hay una solución posible aunque sea laboriosa. Yo no tengo, creo que nadie tiene, una fórmula mágica y maravillosa que de la noche a la mañana solucione los problemas pendientes a la entera satisfacción de todos, pero tengo la absoluta seguridad que si quienes ostentamos legítimamente la representación del pueblo nos ponemos, de buena fe, a buscarla, terminaremos hallándola en plazo breve.

Hace muy pocos días, leía en un diario unas frases estremecedoras que a todos nos deben hacer meditar: "El muerto de cada día es erosionante de la paz. Aunque vamos enjugando crímenes políticos, terrorismo independentista y violencia criminal común, con una impavidez admirable, hay que temer si un día el azar o la maldad no nos trae ese muerto trágico, más trágico que los anteriores, que descompone la paciencia porque descompone la esperanza".

Efectivamente, el compromiso nacional primario del Gobierno es preservar la paz civil y erradicar la violencia, cualquiera que sea su rostro. Y en esto estamos todos de acuerdo.

Sin embargo, frente a estas ideas que yo comparto es necesario que nos pongamos en guardia frente a una nueva y posible ola de violencia levantada por quienes no desean la paz y la convivencia, sino

mantener la lucha armada revolucionaria y permanente en aras de unas inviables ambiciones que solamente ellos comparten. Y aunque la frase se haya hecho tristemente tópica, he de decir que se trata de los sempiternos desestabilizadores, de quienes no han conseguido un respaldo fuertemente popular en las urnas, de quienes quieren hacer realidad sus revolucionarios propósitos, aunque esos ideales nada tengan que ver con los que defienden la mayoría del pueblo vasco.

Es posible el diálogo, es posible la negociación y es posible el entendimiento, si las personas que dialogan y negocian lo hacen de buena fe, sabiendo defender sus propios criterios, pero sabiendo escuchar, al mismo tiempo, el criterio ajeno. Una mesa de negociaciones no tiene por qué ser (no debe ser) un campo de batalla, sino la demostración práctica de que la razón y la inteligencia son la base del entendimiento de los hombres. Por lo tanto, lo primero que se precisa es la voluntad de dialogar y de negociar. Yo estoy seguro de que todo lo demás se nos dará por añadidura.

Marcelino Oreja Aguirre
(Diputado de U. C. D. por Guipúzcoa)